

Narrativa Brillante
reminiscencia del gran
siglo de la novela

Colonia de verano

Gladys Huntington
Madame Solario
Traducción de
Nicole d'Amonville

ACANTILLADO
439 PÁGINAS
29 EUROS

ROBERT SALADRIGAS

La señora Gladys Theodora Parrish, nacida en Filadelfia en 1887, hija de burgueses, se casó con un hombre rico, Constant Huntington, por lo que adoptó literariamente el apellido de su marido y pasó a ser conocida por Gladys Huntington. La respetable dama escribió en el segundo decenio del siglo XX una novela que no se publicaría hasta cuarenta años después, en 1957, y bajo anonimato porque el libro fue motivo de escándalo. Al cabo de tres años Gladys se quitó la vida y sólo en 1980 se supo que, en efecto, ella era la enigmática autora de aquella *Madame Solario* que a alguien se le había ocurrido atribuir a Winston Churchill.

Hoy día sigue siendo una novela deliciosa, brillante reminiscencia del gran siglo de la novela, un texto situado entre el arte libérrimo de narrar de Henry James-Edith

Wharton y la minuciosa precisión con que Marcel Proust describía las capas sociales que dan cuerpo a una determinada atmósfera. El caso es que de buenas a primera uno nota el sabor de una obra maestra.

Estamos en 1906. El lugar, un elegante balneario –el Bellevue– en Cadenabbia, en la ribera del lago Como. Huntington nos sitúa en el espacio y el tiempo con esas concisas palabras: “En los primeros años del siglo XX, antes de la Primera Guerra Mundial, Cadenabbia, en el lago de Como, era un lugar de veraneo elegante donde ir a pasar el mes de septiembre”. Allí desembarca un joven inglés llamado Bernard Middleton, recién salido de Oxford, y a través de su mirada expectante se describe subjetivamente en la primera parte la tranquila atmósfera veraniega y los inevitables cotilleos de los huéspedes, entre ellos la atractiva y distante Madame Solario que despierta el interés de Bernard. ¿Cuál es su verdadero nombre: Nelly, Natalia, Ellen? En la segunda parte la influencia de James se acentúa. Ha llegado al balneario el hermano de Madame Solario, Eugen Harden, y de pronto Middleton desaparece y vemos cuanto ocurre, y a la propia Solario, con los ojos del recién llegado. En la tercera y última parte reaparece el joven Bernard para mostrar los hilos finales de desasossegador relato.

No creo que deba contar más. El lector no me perdonaría un *spoiler*. Está claro que el soporte de la novela es Solario vista desde diferentes ópticas, nunca enfocada directamente por el objetivo. ¿En qué sentido la novela fue y ha sido hasta casi hoy mismo piedra de escándalo, sobre todo si se tiene en cuenta que la escribió una mujer instalada en el seno de la más enclaustrada burguesía londinense, la capital donde se habían trasladado los Huntington? Consciente, supongo, de que el arte se parece a la vida pero no es la vida, la habilísima narradora dio contenido a los silencios y permitió que el lector atento estuviese en condiciones de desenmascarar lo que las palabras se limitaban a sugerir con más o menos contundencia. Es obvio que las aguas subterráneas del relato fluyen turbias, agitadas, y brotan del propio texto de la forma más conmovedora y natural, como sucede en la propia vida. Celos, duelos, violencia familiar, manipulación, falsedad, sentimientos incestuosos, fraude, dolor, muerte, todo ello en un refinado microcosmos que estaba a un paso de ser borrado por la Gran Guerra. Fascinante retablo humano. Y en el centro la figura inasible de Madame Solario que me lleva a tratar de imaginar cómo fue en la realidad aquella Gladys Theodora Parrish, de casada Huntigton, que se marchó de la vida sin admitir sus vínculos –los que fuesen– con la Nelly-Natalia-Allen (Solario) de la ficción. |



La escritora y su sobrino Lorenzo en el lago de Como (Italia)

MARK KAUFFMAN / GETTY IMAGES

Narrativa Sexto Piso
recupera la rara obra
cumbre de Gaddis

Retorno del faraón

William Gaddis

Los reconocimientos
Prólogo de William
H. Gass y traducción
de Juan Antonio
Santos

SEXTO PISO
1.376 PÁGINAS
35 EUROS

ANTONIO LOZANO

Reseñar la obra magna de William Gaddis (1922-1998), pilar de la narrativa “desaforada” del siglo XX estadounidense, supone una misión imposible. Para empezar porque uno no sabe si erigirle un santuario a su grandeza inmortal o arrojarla a las llamas al verse superado por el martillo pilón de su densidad. De aquí la “maldición” que pesa sobre ella según brillante hallazgo de William H. Gass, firme de un lucidísimo prólogo, en parte por alusiones ya que se contó entre los escritores, junto a Pynchon, B. Traven y Ambrose Bierce, a los que se señaló como la identidad real del esquivo Gaddis.

Escribió Gass que *Los reconocimientos* “es un libro del que se oye hablar a menudo y con reverencia, pero que apenas se lee. Parece tener, como un faraón en su tumba, una vida subterránea, presumiblemente rodeada por otras cosas preciosas y protegido por una maldición”. Están advertidos. Quizá lo mejor antes de adentrarse en esta jungla repleta de rubies y arenas movedizas, tribus antropófagas y cascadas de agua dulce, sea tomar fotografías aéreas y dedicar horas a escudriñar mapas desde la comodidad del sofá: empaparse de prólogos como el de Gass, así como de exégesis, estudios y análisis variopintos. No se puede saltar sin red porque hablamos de una caída libre de 1.376 páginas, ni dejar de tonificar los músculos porque es una pirámide inca de 1.376 escalones de máximo desnivel.

La guía de viaje más apropiada sería algo muy similar a lo que Nathaniel Philbrick, historiador especializado en temas marítimos, hizo por el leviatán albino de Herman Melville –similar en términos conceptuales (expansión + codificación)– en *Why read Moby Dick?* (Penguin Books). O, mejor, tres o cuatro libros titulados *Why read the recognitions?* Al igual que Melville, Gaddis pertenece a esa estirpe de genios verborreicos y hambrientos (Rabelais, Cervantes, Joyce...) que entendieron la novela como un monstruo de mil cabezas, un pozo sin fondo, un *aleph*, una

El protagonista de la obra copia a los maestros flamencos interpellando al lector sobre la creación artística y la religión. En la imagen, detalle de ‘El retrato de Giovanni Arnolfini y su esposa’, de Jan van Eyck, pintado en 1434

DE AGOSTINI / GETTY

